

MIRET MAGDALENA

RUMORES ROMANOS (I)

Roma es una ciudad muy especial. Es un poco como el centauro: un engendro híbrido en donde las cosas más dispares se mezclan sin solución de continuidad.

Allí vemos cómo un periódico moderado, *Il Messaggero*, vinculado con la alta sociedad romana, pero no vaticanista, retira de sus cuadros de redacción al mejor periodista católico —G. Zizola—, porque ha criticado al Vaticano. Pero durante el Concilio Vaticano II no tuvo inconveniente, este mismo periódico, en criticar toda apertura conciliar, aunque representase el sentir de la Iglesia, porque sabía que la Curia no estaba de acuerdo con este consenso eclesial manifestado en el Concilio.

Los progresivos católicos norteamericanos —representados, entre otras revistas, por *The National Catholic Reporter*—, ante la confusión producida en el mundo católico por lo que ellos creen acto de fuerza de la *Humanae Vitae*, han pedido la celebración de un nuevo Concilio, el Vaticano III.

Pero no canten victoria los avanzados: un periódico integrista boloñés, *Il Borghese*, acaba de pedir lo mismo desde un punto de vista diametralmente opuesto.

Parece como si ambos opinasen que Pablo VI careciese de la personalidad y criterio suficientemente coherentes para satisfacer los anhelos de avance de los progresivos cuando habla progresivamente en sus discursos; ni tampoco llena los deseos de los integristas cuando pronuncia palabras severas que suponen una marcha atrás, pero no suficiente para que los que quieren el retrogradismo como única solución religiosa a los problemas nuevos del mundo de hoy.

El «rumor», actualmente, es digno de atención. No es cosa ya que merezca el simple desprecio. Un excelente psicólogo ha dedicado un cuidadoso trabajo a este tema; y —a través de él— podemos deducir que tras ese «se dice» hay siempre un síntoma, una señal oculta que es preciso descifrar. No podemos ingenuamente creer lo que dice literalmente el rumor, sino analizarlo críticamente, como una llamada significativa a nuestra atención, para comprender la verdad —más o menos disfrazada— que se oculta tras él.

Este es el trabajo reflexivo que brindo a los lectores para que lo ejerciten con los rumores que en este artículo y en el siguiente expondré aquí, producto de mi viaje a Roma y de lo que algunos significados católicos piensan sobre su situación.

La primera cosa interesante es saber que —Van Heuvel— el dirigente del Consejo Ecueménico de Iglesias (C.E.I.) sacó la impresión —en su conferencia de hace pocas semanas en Roma— de que antes, siempre que hablaba Roma, la discusión había terminado (*Roma locuta, causa finita*); pero hoy ocurre de muy distinta manera. Cuando habla el centro de la cristiandad la causa comienza (*Roma locuta, causa aperta*), porque se fija hoy —con su intervención— la atención de la gente creyente en un problema profundo, que quizá antes no habíamos notado su importancia. En una palabra: lo que anteriormente producía silencio de los fieles —teólogos, clérigos y seglares— ante los responsables religiosos, hoy es motivo para perfilar mejor y más seriamente la opinión pública en la Iglesia, adquirida responsablemente, pero con una libre discusión.

Hay quien dice en Italia —*Sette Giorni*, por ejemplo— que Pablo VI ha pasado de ser «el Papa del diálogo, al Papa del monólogo». Eso opina también el teólogo moralista Padre Haering, que en U.S.A. acaba de decir: «Después de que el Concilio terminó, y tras acabar su trabajo la Comisión especial sobre Control de Natalidad, el Papa Pablo VI consultó, según nuestra información, sólo a los conservadores; y nosotros —los que constituíamos en cambio la casi totalidad de la Comisión— no tuvimos posibilidad de acercarnos a él. En mi opinión, estaba el Papa «emparedado»».

Ante esta actitud de retraimiento y de aislamiento peligrosos, hay muchos que piensan que urge el deber de hablar. Porque si no podemos cooperar al mal o al error, inherente a las decisiones falibles, como éstas que últimamente ha ejercido el Papa, y que nadie ha dicho que fuesen infalibles, sino todo lo contrario.

No se trata —como humorísticamente decía el Padre Marc Oraison— de hacer ver —como quieren algunos— que lo teóricamente no-infalible es como si fuera prácticamente infalible;

porque lo que es falible nunca es un poco infalible, sino siempre está sujeto a la posibilidad de un fallo, como descubrimos históricamente, a poco que estudiemos el proceso de la humanidad religiosa.

En una conferencia pública este mismo Padre Haering —el prudentísimo Padre Haering— acaba de recordar que «hubo una encíclica de Inocencio IV, reflejando la mente de la Curia de su tiempo —como ahora ha pasado con la *Humanae Vitae* y otros discursos recientes—, que enseñaba cómo torturar a las viejas y quemar a las brujas, y nadie se atrevió entonces a contradecirle».

Pero hoy sabemos que «las guerras santas, la santa inquisición y las torturas santas son cosas no-santas»; y «no hay que permitir que pasen cinco siglos para decirlo... sino que hay que decirlo inmediatamente». Si no, la historia será tan severa con nosotros como lo fue con aquellos cristianos que no escuchaban antes a Dios —al Dios del Evangelio—, sino a los hombres de curia.

Porque los Papas en asuntos no-infalibles (como la rígida *Humanae Vitae* o los conservadores discursos de Bogotá) se han podido equivocar, porque todos sabemos que los dirigentes de la Iglesia, de hecho, se han equivocado históricamente algunas veces. Por eso el padre Haering recordó, en su conferencia, reseñada por *The National Catholic Reporter* del 21 de agosto, que la Iglesia cayó —en esas decisiones falibles— en afirmaciones que luego han cambiado como «la condenación del interés en los préstamos» (en que se basa hoy toda la economía occidental, tan defendida por estos mismos altos eclesiásticos), o esa costumbre extraña que era «la práctica de castrar a los niños —según dice Haering— para conseguir voces de soprano en los coros del Vaticano».

La Iglesia ha cambiado mucho desde que San Clemente Alejandrino decía que el acto matrimonial era una especie de pasajera enfermedad epiléptica; o San Agustín, que atribuía este acto a un castigo por el pecado de Adán; o San Gregorio Magno pidiendo a los casados que evitasen el placer sexual al realizar el acto conyugal, porque, si no, incurrian en pecado leve al menos. Hoy —gracias a Dios y a los Padres Conciliares— tenemos una Constitución conciliar que dice lo contrario, y nadie pretende ocultar que estas enseñanzas hayan cambiado en la Iglesia.

Nos descubre también Haering que la Curia Romana —por boca del renovado Santo Oficio— le ha conminado varias veces —tres en total desde 1967— a no difundir la evidente verdad de que la super-rígida encíclica *Casti Connubi*, de Pío XI, fue superada, en buena parte, por el Concilio Vaticano II, que tiene una perspectiva bastante más abierta y personal al enfocar el sentido del matrimonio y los problemas de la natalidad. ¿Podemos olvidar que esa misma encíclica se quedó en otras cosas muy retrasada como fue afirmando, por ejemplo, que la mujer se degrada si acepta trabajos profesionales fuera de casa, cosa que hoy nadie afirma?

Cree este moralista católico, mundialmente estimado, que Pablo VI ha incurrido en contradicción al afirmar con tanta seguridad en la *Humanae Vitae* que los procesos biológicos son inviolables, cosa que difiere —según Haering— del punto de vista del Concilio, firmado y rubricado por el Papa hace tres años nada más.

«Le gustase o no le gustase —dice este moralista— el texto conciliar, él lo firmó; y por eso ahora se enfrenta el Papa contra el Papa, y también contra la unánime manera de entender actualmente la ley natural» (B. Haering).

Ya sé que estos rumores pueden parecer demasiado negativos; pero la verdad es que el cariño que todos tenemos hacia la figura del Papa no debe, ni puede, empañar el amor a la verdad histórica, porque el cristiano debe distinguir siempre entre el respeto, inteligente y responsable, hacia el Pontífice, y la ciega sumisión de autómatas a quien ni es ni pretende ser infalible en todo.

No convirtamos ingenuamente lo falible en un poco infalible —como algunos conservadores pretenden— sino distingamos, en forma realista, los grados de verdad y de obligatoriedad en nuestra actitud para con los que dirigen la Iglesia. Porque la Iglesia no son sólo ellos.